

REVISTA CHILENA.

PRIMEROS CRONISTAS

DE CHILE.

RELACION CONTEMPORANEA DEL DESCUBRIMIENTO.—LOS COMPAÑEROS DE VALDIVIA.— CARTAS DE ESTE CONQUISTADOR.— EL SEUDÓNIMO JERÓNIMO DE VIVAR.— GÓNGORA MARMOLEJO.— MARINO DE LOVERA.

I

Consérvase solo un monumento escrito por un compañero de Almagro que refiere la desastrosa expedición de este capitán a través de la cordillera para ubicar la Nueva Toledo, cuyo gobierno el rey le había concedido, i su vuelta acelerada a arrebatarse a su rival la opulenta ciudad de los Incas. Es una relación breve i sumaria de la *Conquista i Población* del Perú hasta el momento de estallar la guerra civil entre los conquistadores, en la que aparecen los hechos aglomerados confusamente por un escritor inculto que, sin propósito alguno preconcebido, consigna lo que ante su vista ha pasado. En ella se siente todo el horror que inspiran las conquistas. La constancia invencible de los españoles contada con sencillez por uno de sus compañeros, i las crueldades i vejaciones que cometían en el indio, nos mueven ahí mas vivamente a compasión que cuando las leemos en autores de tiempo posterior (1).

(1) La *Conquista i población del Perú* ha sido publicada por primera vez, acompañada de una *introducción* del señor Barros Arana, en una colección de documentos históricos que comenzó a aparecer anexa a la revista de *Sud-América* en 1878, i de la que no salió sino esta pieza i una parte de la *Vida de don Enrique Pérez de Guzmán*.

No queremos con esto decir que el interes por los miserables indígenas sea mérito esclusivo de esta obra, cuyo autor se deja ver que era sacerdote, por que ya Las Casas, i otros a su ejemplo, habian ejercitado su celo filantrópico, que algun alivio produjo a aquellos desgraciados i que despertará siempre ardientes simpatías en los corazones jenerosos; que justo era que las víctimas de la codicia i del fanatismo, hallasen sus defensores en los ministros de la relijion en cuyo nombre se les subyugaba.

Dice el autor de la *Conquista i Poblacion del Perú* que emprendió Almagro su viaje con ciento cincuenta españoles, premunidos de todas las comodidades que les fué dado proporcionarse, de algunos caballos, i de quince mil indios que servian de rancheadores i de acémilas, i a quienes no cubrian mas vestidos que las lijeras telas propias del clima ardiente de donde los habian arrebatado, i halló al bajar al valle de Copiapó, primero de Chile que pisara, que le faltaban solo unos cuantos de aquellos i considerable número de estos, que habian perecido por la inclemencia de los hielos de la cordillera. Los caballos llegaron tambien como los españoles i mejor que los indios, porque los que habian nacido durante el camino, fueron traídos en andas por los yanaconas.

Siguen adelante los conquistadores señalando su paso por actos de dominio i por vejaciones que retalian los indígenas dando muerte a una corta avanzada. No se supo si esos soldados habian sucumbido en combate o víctimas de una traicion; mas vengólos su jefe haciendo quemar a treinta caciques atados en sendos postes.

Cuando vió el Adelantado que la tierra no estaba «cuajada de oro» i quiso prepararse para la vuelta, habiendo ya muerto o fugado los indios peruanos que trajera, permitió a sus aventureros tomar indios del pais. «No quiero explicar lo que pasó en esto; que tal quedó la tierra, dice el autor que nos ocupa, por que por otras cosas que tengo yo apuntadas, lo podrán sentir.»

Perecieron tantos indios e indias en esta «negra vuelta» por el desierto, como habian perecido en el viaje anterior. Al que se cansaba o adolecia en aquellas terribles marchas en que iban cargando consigo las provisiones i el equipaje de los españoles, de los caballos i el suyo propio, no le soltaban hasta no verle caer muerto, de temor que los demas indios se finjiesen tambien cansados o enfermos; a lo que añade con amargura el cronista: «i hallaban que era esta una singular razon.» Durante la noche los hacian dormir encadenados para evitar que se huyesen, i al que moria de esta

suerte, preferían sacarlo de la collera cortándole la cabeza, ántes que abrir el candado que a todos encerraba. Hubo español que llegó a jactarse de que se le hubieran muerto los doce indios que había metido en una cadena.

Horroriza recordar tales hechos i parece difícil que se pudiese llegar a inferir tamañas injurias a la humanidad.

No debieron, sin embargo, estrañar los pobres indíjenas tanto como nos parece, aquella excesiva dureza con que les hacían la guerra, les exijían servicios i les imponían castigos los europeos, porque de parte de los pueblos sus vecinos i de sus propios jefes, acaso no estaban acostumbrados a un tratamiento mas blando.

En cuanto a los conquistadores, sirva a escusarlos, que harta escusa necesitan, el recordar que tales crueldades no son las únicas en la historia, aunque sea el deber primero de quien la escribe condenarlas severamente en obsequio a la humanidad i la civilización.

Pasando de la obra al autor, es difícil decir con seguridad quién sea éste, aunque haya algunos antecedentes para conjeturarlo.

Dedúcese claramente de su contexto que era sacerdote, i conocido el pequeño número de soldados que formaban la hueste espedicionaria, no es de creer que viniesen en ella mas de tres capellanes. Se sabe el nombre de estos tres, uno de los cuales, el clérigo Cristóbal de Molina, escribía una carta al rei desde Lima, enviándole una relacion de lo sucedido en el Perú hasta el momento de estallar la guerra civil; lo posterior, agrega, «no le digo porque soi sacerdote, i de mi estado no conviene decir en perjuicio de nadie sin ser preguntado de mi principe.» Le enviaba tambien un mapa del camino de Tumbes hasta el Maule que se habia recorrido en el descubrimiento, i dibujos de las «jentes, trajes, ritos i ceremonias» de estos pueblos, «i la manera de los caminos i la calidad de las tierras, con otras cosas a éstas anexas que son plácidas i agradables a los príncipes celosos del bien i aumento de sus reinos i señoríos (1).»

La relacion, como ya lo hemos dicho, coincide perfectamente con el propósito de no hablar de la guerra civil, pues deja al Adelantado en el Cuzco, ántes de venir a las manos con el ejército de Hernando Pizarro. Con tales antecedentes i sin temor de errar mucho, podemos atribuirle a Cristóbal de Molina (2).

(1) Véase esta carta en la páj. 505 de los *Oríjenes de la Iglesia chilena* de Creciente Errázuriz.

(2) *Introducción* citada.

Pero si esta relacion es la misma que se enviaba a la corte en 1539, tambien creemos que posteriormente fué modificada, de lo cual quedan rastros en la forma actual que ella tiene; así al hablar del valle de Cuaquizago, Coquimbo, dice, «que está poblado de cristianos ahora,» lo que no ha podido ser añadido sino cuatro o diez años mas tarde de la fecha de la carta, cuando la fundacion o la repoblacion de la Serena.

Probablemente rehecha despues la relacion bajo un punto de vista que interesará solo a la conquista del Perú, como su título lo indica i sin dirijirla a persona determinada, le suprimieron una multitud de detalles curiosos sobre la espedicion a Chile i los elogios consiguientes a Almagro, de quien se muestra Molina partidario apasionado.

Mas cualquiera que sea la forma que ahora tenga la relacion, i a pesar de su falta de todo mérito literario, por referirse a un período sumamente escaso de testimonios, es uno de los documentos mas autorizados que puedan consultar los historiadores. El autor de las *Décadas* la ha copiado en varias partes casi al pié de la letra, i la siguen de cerca Prescott en su *Historia de la Conquista del Perú*, i Amunátegui en su *Descubrimiento i Conquista de Chile*.

Aunque algo entrado en edad cuando escribia la carta anterior, el presbítero Molina alcanzó a vivir lo bastante para ser sochantre del obispado de los Charcas i volver a Chile con Hurtado de Mendoza, a quien acompañó en la guerra de Arauco. Gobernando despues el obispado de Santiago, sostuvo una ruidosa competencia sobre procesar a frai Jil Gonzalez, especie de tribuno popular, que ponia en turbacion las conciencias con las doctrinas heréticas que propalaba acerca de la libertad de los indijenas, i por ella fué llevado a la cárcel i puso en entre dicho la ciudad. En 1578 Molina vivia aun, pero ya demente por los años (1).

II

De mas que mediana pró i superior a las demas compañías que fundaron colonias, califican algunos historiadores nacionales a la que condujo Valdivia a las orillas del Mapocho (2). Si bien mui lisonjero a nuestra cuna, creemos inexacto este juicio.

(1) *Orígenes de la Iglesia chilena*, cap. XIII. Introduccion citada.

(2) Principalmente Gay i Vicuña Mackenna en su *Historia de Santiago*, tomo 1.º, cap. 3.º, páj. 35.

Los conquistadores de Chile no pudieron ser enganchados sino de entre la masa sobrante de aventureros que no habian tocado encomiendas en el Perú, así como pasaron a este país los que tampoco las habian hallado en Panamá, porque, por un fenómeno fácil de explicarse, no se proseguia la conquista, mientras no quedaban sólidamente asentadas las colonias que habian de servir de punto de apoyo i proporcionar recursos a las siguientes.

A esa masa flotante dispuesta a seguir la primer bandera que se levantara, recurrieron todos los capitanes expedicionarios a reclutar su jente. A ella tambien hubo de recurrir Valdivia a formar su pequeña columna; i no siéndole posible por la escasez de hombres, tomar en cuenta las cualidades de los que se le presentaban, se contentaria con que entendiesen el manejo de las armas.

El acta del cabildo abierto que lo proclamó gobernador por S. M., independiente de Pizarro, solo aparece con noventa firmas, para lo cual «los que no sabian escribir rogaron a los que lo sabian firmasen por ellos »(1).

¿Por qué, cuando tanto importaba a Valdivia la unanimidad de sufragios, no suscribió tambien el resto de su tropa aquella acta? ¿Seria por el temor de que pudiese reputarse falsa la mayoría de las firmas de un documento tan comprometente, desde que era tan sencillo suplantar la de los que firmaban a ruego? Convéngase pues en que los conquistadores de Chile no iban en zaga a sus demas compatriotas del nuevo mundo. Hombres perdidos o necesitados casi todos, con instruccion escasa o sin ninguna, no les dan lustre los antecedentes que pudieron haber traído de la península, sino la posicion que aquí se conquistaron.

III.

Sin duda alguna el hombre mas ilustrado de aquella partida de rudos guerreros, era su propio capitan.

Como testimonio de la superioridad intelectual de Valdivia sobre sus compañeros, nos quedan sus cartas o relaciones al emperador Carlos V, dándole cuenta de sus trabajos en Chile.

No ha faltado quién las atribuya al bachiller Gonzalez Marmolejo, primer obispo de Santiago, a Juan de Cardeña, secretario del conquistador, o a otra persona a éste inmediata. Basta sin embargo, examinarlas lijeramente para convencerse hasta la evidencia

(1) *Coleccion de historiadores de Chile*, t. 1.º, pág. 89.

de que han sido redactadas por el mismo que en ellas figura como actor, porque los pequeños detalles personales de que están llenas, i hasta esa vaguedad de las propias impresiones, que no hubiera podido tener una pluma estraña, no dejan lugar a duda.

De inmenso interes son estas cartas para la historia. Casi todas las noticias de mayor importancia sobre la vida de su autor i los primeros pasos de la conquista, están en ellas consignadas con un abandono i un colorido a veces gráfico, i que no siempre se emplea en la redaccion de piezas oficiales.

Ha dicho un crítico competente que Valdivia era tan diestro en el manejo de la pluma como en el de la espada, contra el parecer de un contemporáneo que lo califica de «hombre de buen entendimiento, aunque de palabras no bien limadas;» mas con esta frase se ha querido designar no otra cosa que las interjecciones de cuártel con que gobernaria a sus subalternos.

Dejan ver esas cartas, ademas de las cualidades de estilo, ciertos conocimientos que manifiestan algun estudio. La familia de Valdivia, que era de hidalgos, debió proporcionarle una instruccion correspondiente a su clase; basados en conjeturas, suponemos lo enviaria a estudiar a Salamanca, emporio del saber español en el siglo XVI. Siguió despues por cinco años en Italia la carrera de las armas, al cabo de cuyo tiempo volvió a su pais, donde se le pierde de vista durante un decenio cabal, sabiéndose solamente que entónces contraje matrimonio con una jóven de aquella sábia ciudad. ¿No cultivaria en este tiempo con lecturas o en el trato de hombres de saber, los conocimientos adquiridos en su primera edad i de seguro acrecentados en sus viajes?

Desde que sentó sus reales al pié del cerrillo de Huelén, no mui léjos de donde habian sentado los suyos los emisarios de Yupanqui, el conquistador indijena, miró Valdivia las cosas de este pais con ojos cariñosos, i al trazar sus relaciones, dió cabida con igual entusiasmo a los hechos de armas i a los paisajes de aquella naturaleza primitiva.

«Esta tierra es tal, escribia a Cárlos V, que para poder vivir en ella i perpetuarse, no la hai mejor en el mundo; dígolo por que es mui llana, sanísima, de mucho contento; tiene cuatro meses de invierno no mas, que en ellos, sino es cuando hace cuarto la luna, que llueve un día o dos, todos los demas hacen tan lindos soles que no hai para que llegarse al fuego. El verano es tan templado i corren tan deliciosos aires, que todo el día se puede el hombre

andar al sol, que no le es importuno. Es la mas abundante de pastos i sementeras, i para darse todo jénero de ganados i plantas que se puede pintar; mucha i mui linda madera para hacer casas, infinidad otra de leñas para el servicio dellas, i las minas riquísimas de oro, i toda la tierra está llena dello, i donde quiera que quisieren sacarlo, allí hallarán en que sembrar i con que edificar, i agua, leña i yerba para sus ganados; que parece la crió Dios a posta para poderlo tener todo a la mano (1).»

No es este el punto de vista del poeta que hubiera querido colocar un idilio en aquella floresta apenas tocada por la mano del hombre, pero si el del estadista que trataba de trasplantar a ese suelo las creencias i la civilizacion de su patria.

IV.

Ocupado definitivamente el pais i doblegada un tanto la pujanza guerrera de los naturales, que en repetidas ocasiones habia puesto en peligro la existencia de la colonia, les fué ya posible a aquellos trabajados pobladores, tras de su largo batallar, deponer a intervalos las armas i referir sus hazañas i penalidades en obras estensas, i con mas artes compuestas que las simples relaciones anteriores.

Juan de Cardeña, secretario del gobernador, fué el primero que, segun creemos, hizo una crónica medianamente ordenada, aunque sobre ello hai lugar a discusion.

En el *Epítome de la biblioteca* de Leon Pinelo, apunta este erudito una «*Crónica del reino de Chile* de Jerónimo de Vivar, secretario del jeneral Pedro de Valdivia,» i al hablar del gobierno de Chile, en su *Tratado de confirmaciones reales*, cita varios capítulos de esa crónica, agregando que la posee manuscrita (2).

La autoridad de Leon Pinelo, bibliógrafo dilijentísimo, es indudable en cuanto a la existencia del libro i al oficio de su autor. Es igualmente indudable que hasta 1554, fecha de la muerte de Valdivia, no hubo en Chile ninguno Jerónimo de Vivar. Los documentos que se conocen del primer período de nuestra historia, consignan cuando ménos una firma, un nombre, una referencia, algo que nos recuerda a cada uno de los conquistadores, desde el

(1) *Colección de historiadores*, t. 1.º, páj. 12.

(2) *Biblioteca oriental, occidental, etc.*, edicion de Barcia, t. 2.º, páj. 653-54. *Tratado de confirmaciones* etc, páj. 36 vuelta.

jefe hasta el pregonero, i ninguno menciona a Jerónimo de Vivar, ni las provisiones de Valdivia se ven refrendadas por otros secretarios que el escribano Juan Pinel, i desde 1547 adelante por Juan de Cardeña, a quien constantemente se llama secretario del gobernador en el proceso i correspondencia de éste i en las actas del cabildo de Santiago.

Nada hubiera tenido de extraño, i de ello hai ejemplo en la historia de las falsificaciones literarias, que Cardeña, jóven osado i travieso, segun lo calificaban sus contemporáneos, i cuyo apellido recuerda un lugar clásico en la leyenda del Cid, al buscar un pseudónimo para firmar su crónica, adoptase el apellido de Vivar del héroe castellano (1).

Con tales pruebas, si alguna vez parece la perdida crónica de Vivar, estamos ciertos que habrá de ponerse a su frente el nombre de Juan de Cardeña como el de su verdadero autor.

V.

Sigue en pos del supuesto Vivar, el capitán Alonso de Góngora Marmolejo, abriendo la série de cronistas militares que cierra a fines del siglo XVIII el fecundo Carvallo i Goyeneche.

Era Góngora natural de Carmona, i Valdivia lo trajo a Chile a vuelta de su viaje al Perú.

Sospechamos que fuese de los secuaces de Gonzalo Pizarro condenados a sufrir destierro en este reino. Lo hace conjeturar así las breves líneas que apenas dedica a los sucesos del Perú tan enlazados a los de Chile, i el olvido que hace de sí mismo, mencionándose una sola vez a la conclusion de su libro, para decir que se halla sin recompensa de sus largos servicios, suerte idéntica a la que cupo a casi todos los partidarios de Gonzalo que salvaron con la vida.

Viejo ya i sin esperanza de remedio a sus necesidades, empezó a componer su crónica, que son las letras consuelo del infortunio.

Púsole la pluma en la mano el deseo de referir en prosa i detalladamente, auxiliado de sus propios recuerdos i de informes de testigos oculares, lo que habia consignado Ercilla, a quien se repu-

(1) "Este testigo (Diego García de Villalon) tiene al dicho Juan de Cardeña por charlatan i hombre vano, e por tenerlo por tal no se maravillaria que hobiese dicho algunas liviandades..." *Proceso de Pedro Valdivia*, páj. 105. Los demas testigos i el mismo Valdivia, se espresan en iguales términos respecto de Cardeña.

taba un historiador en verso, en la primera parte de su poemá recientemente publicada (1569).

Su crónica, llena de ese colorido de tiempo i de circunstancias que caracteriza las relaciones contemporáneas, abraza un período de cuarenta i un años, desde que ocupan el país los españoles, hasta que para sujetar a los araucanos, nudo que no habia podido cortar la espada de los conquistadores, ni las artes de los leguleyos de la Audiencia, a quien mal aconsejada lo entregara la corte, se restableció de nuevo el gobierno militar.

Como figuras de primer término de ese cuadro, los gobernadores aparecen retratados con su abnegacion, su intrepidez, sus talentos, sus perfidias, sus crueldades, su venalidad, su fortuna, sin manifestar el autor por ninguno de ellos cariño o aversion que le haga snavisar o ennegrer las tintas. Igualmente alejado de todos, estuvo en aptitud de aplicarles un criterio uniforme que inspira confianza, i hace de su libro un guía seguro para conocer aquel período.

No carecia Góngora de letras por completo. Poco correcto es su estilo, lleno de trasposiciones i a veces oscuro; pero el plan de la obra es bastante regular, i sencilla i animada la relacion, resultado de la espontaneidad con que fué escrita. Véase su lisonjero retrato de Quiroga, el gobernador de los momentos de crisis que tuvo cuatro veces en sus manos el mando de la colonia.

«Era Rodrigo de Quiroga, cuando tomó el gobierno a su cargo, de edad de cincuenta años, natural de Galicia, de un pueblo pequeño llamado Tor, dos leguas de Monforte i diez i seis de Ponferrada: hombre de buena estatura, moreno de rostro, la barba negra, cariaquileño, nobilísimo de condicion, mui jeneroso, amigo en extremo grado de pobres, i así Dios le ayudaba en lo que hacia. Su casa era hospital i meson de todos los que la querian en sus haciendas i posesiones. Se pudo decir con verdad dél lo que decian los griegos de Cimon aquel valeroso natural de Atenas, hijo del gran Milciades. Costóle tener el gobierno, dos años poco mas que gobernó, de sus haciendas gastadas i perdidas por sus ausencias, gran cantidad de pesos de oro.

«Gobernó bien con próspera fortuna sin tenerla adversa, ni salió de la guerra en todo el tiempo que gobernó, ántes si alguna cosa se hacia que conviniese al bien público, era el primero que ponía las manos en ella, i así se trataba como un soldado particular, teniendo mucha cuenta i mui puesto por delante el gobierno

que a su cargo tenia, para que en tiempo alguno no le fuese reputado ni puesto por cargo haber dado ocasion alguna a mal suceso. No se le conoció vicio en ninguna suerte de cosa, ni lo tuvo: tanto fué amigo de la virtud! (1).»

No preguntemos a Góngora cual era el estado del pais i la condicion de sus aborijenés ántes del arribo de los españoles, porque nada de esto nos dirá. Endurecido por la guerra cruel i desapiadada que obligaban a sostener peligros constantes, las maravillas de la naturaleza no le atraen, ni halla cabida en su espíritu la curiosidad de conocer el oríjen de aquellos pueblos que daban los primeros pasos en el camino de la civilizacion.

Desempeñaba la comision de juez pesquisador de hechiceros indíjenas, cuando murió a los pocos días de concluir su crónica, a que puso punto final el 16 de diciembre de 1575 (2).

VI.

Un noble caballero de Galicia, don Pedro Mariño de Lovera, persona de mas cuenta que Góngora, aunque inferior en letras, es otro de los compañeros de Valdivia que ha alcanzado por la pluma un nombre que no le dieron sus hazañas militares.

Nació Mariño en la ciudad de Pontevedra, de la cual su padre, Hernan Rodriguez de Lovera, fué rejidor perpétuo. Su madre, doña Constanza Mariño Marinas de Sotomayor, cuyo apellido él adoptó en primer término, parece haber sido señora de noble linaje (3).

Adiestrado por su padre en el ejercicio de las armas durante la guerra que hubo entre España i Francia desde 1538 a 1542, de aquí a dos años recibió la bendicion paternal para salir a rodar tierras.

Regresaba ya a España de vuelta de una corta expedicion a Nombre de Dios, cuando La Gasca lo detuvo en la Habana, enviándole con un mensaje para don Antonio de Mendoza, virrei

(1) *Coleccion de historiadores*, t. II, páj. 156.

(2) Góngora Marmolejo dedicó su historia a don Juan de Ovando, presidente del consejo de Indias, sin duda en la esperanza de que este caballero la diese a la estampa, pero permaneció inédita hasta 1852, en que don Pascual de Gayangos la dió a luz en el *Memorial histórico español*, t. IV. Posteriormente, en 1862 se reimprimió en el t. II de la *Coleccion de historiadores de Chile*.

(3) Todas estas noticias las tomamos de la corta vida de Mariño que el padre Escobar ha puesto al frente de la historia, i de lo que el autor dice de sí mismo en el curso de su relacion.

de Méjico, en cuyo país debió permanecer hasta que el mismo don Antonio le trajó al Perú que pasaba a gobernar.

Alistóse por aquellos días en el refuerzo de jente que don Martín de Avendaño enganchaba para Chile, i que llegó a Santiago en circunstancias que, preparándose Valdivia a visitar los establecimientos del sur, pudo agregarlo a su comitiva.

Don Pedro Mariño presenció pues aquella postrera campaña del conquistador i los desastres que la siguieron, a que puso término el gobierno del prudente Hurtado de Mendoza.

Refiere el mismo que salió mal herido en la derrota de Mari-güeñu, i así sin querer aceptar Villagra su noble sacrificio, ofrecióse a pasar solo el Biobio, i fué a Concepcion en demanda de auxilios con que socorrer a los fujitivos que esperaban por instantes ser atacados sin tener armas ni alientos para defenderse; lo cual decidió de la salvacion de todos ellos.

Al repoblar a Concepcion, premió sus servicios don García, dándole vecindad en ella i una valiosa encomienda en el valle de Codico. Correjidor de Valdivia mas tarde (1575—1576), en tiempo «en que parecia la misma tierra brotar enemigos, pues apenas se habian allanado en una parte cuando salian por otra en mayor número,» el cuidado de salir a dispersarlos ántes que emprendiesen correrías, le ocupaba constantemente. I como si las vijilias de la guerra no fuesen bastante al correjidor, en diciembre de 1575, un espantoso terremoto derribó la ciudad, i luego una inundacion del rio, arrepresado por los colosales derrumbes del temblor, arrasó las sementeras i cuanto en pié quedaba.

Lleno de servicios, pero escaso de recursos, don Pedro fué a encontrar descanso i mediana abundancia en el correjimiento de Cumaná, uno de esos pacíficos gobiernos en que el virrei del Perú daba retiro a los veteranos de la conquista.

Singulares habilidades tenia don Pedro. Con estraña sutileza dividia un cabello de arriba abajo i no erraba la prueba aunque la repitiese en todos los de un manojo. Tambien cortaba con tijeras unas letras de papel tan primorosas, «que por gran servicio las presentaba a cualquier príncipe.»

Pero sus escritos distaban de merecer tal honor; sin método i en una jerga gallego-castellana, él mismo conocia la necesidad de una mano estraña que los corrijera.

Despues de haberse afanado hasta poco ántes de su muerte, acaecida en Lima a fines de 1594, en dejar bien comprobado todo

lo que referia en su historia, la entregó al padre jesuita Bartolomé de Escobar, autor de varias obras de liturgia, para que la redujese «a nuevo método i estilo.»

Sin haber visto la crónica en su forma primera, no es fácil decir cuanto haya ganado en manos de Escobar.

Es casi seguro que habrá perdido su interes histórico, sin que todavía deje de tenerlo considerable, lo que adquirió en galas literarias, porque el buen jesuita la abrevió, suprimiéndole noticias que ahora serian de gran precio, i que ha reemplazado con pláticas morales en las que luce la flor de su ingenio con retruécanos que suelen pasar los límites de lo picaresco.

Como quiera que sea, la obra de Mariño merecia otra suerte de la que le habia cabido hasta hace poco, en que publicada en la coleccion de historiadores nacionales, dejó de ser conocida solo por antiguas referencias.

Mariño parece haber sido un observador atento, i el libro que ha dejado, a su valor de crónica, como repertorio abundante de noticias de todo jénero, agrega el ser reflejo animado de la fisonomía moral de los conquistadores.

La multitud de consejas i milagros que refiere, i ciertos fenómenos naturales extraordinarios que el atraso mas bien que la ignorancia de entónces no permitia explicar, contado todo con notable simplicidad, le dá cierto tinte maravilloso i es la medida de lo que aquella jeneracion era capaz de creer.

Por esta causa, que sin duda en tiempos anteriores sirvió a recomendar la crónica de Mariño de Lovera, una de las escuelas filosóficas que ha ido a batirse al terreno de nuestra historia, ha pretendido regarle su veracidad i su importancia de documento primitivo; pero esa veracidad e importancia se hallan fuera de duda para quien la examina sin preocupacion de secta.

LUIS MONTT.
